

Andrés Aylwin

Presidente de la Comisión Constitución, Legislación y Justicia

“Hay hermandad de quienes sufrieron en tiranía”

El Presidente de la República es su hermano. Pero, también, es su “hermano” el más humilde y corriente de los hombres. Convive con la persona más adinerada o con la más pobre “sin cambiar de actitud”, como diría Rudyard Kipling. Algunos dicen que si el poeta inglés hubiera conocido a Andrés Aylwin, lo habría tomado de ejemplo para su poema “Sf” (“If”).

Porque “don Andrés”, como le dicen sus colegas parlamentarios de todas las tiendas políticas, es el más modesto de los diputados. Y de eso hay consenso entre todos los funcionarios del Congreso Nacional, donde él preside la trascendental Comisión de Constitución, Legislación y Justicia, de la Cámara Baja.

Andrés Aylwin gusta de caminar entre el público, viajar en bus o entrar a cualquier restaurante para pedir un sandwich o una bebida. Y ahora dice que está preocupado —entre tantas otras importantes preocupaciones que tiene— porque ha empezado a perder el anonimato.

A los 64 años de edad, su figura espigada y su barba blanca lo hacen inconfundible. Para muchos es un quijote por fuera y por dentro.

Ninguna valla lo separa de sus amigos. Habla con los presos políticos como si fuera uno de ellos —Aylwin sufrió esa condición en el régimen pasado— o recuerda emocionadamente a los que ya no están, como el fallecido ex ministro de la Unidad Popular, José Tohá —tan parecido a él,— y que fuera su compañero de curso en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. O al ex senador Tomás Reyes, con quien estuvo relegado en Guallatire, un villorrio perdido en el extremo norte del país. Pero también menciona a don Nemesio, un humilde campesino que vivía, por allá en los años 50, en un fundo cerca de Constitución donde los hermanos Aylwin pasaban sus vacaciones estudiantiles.

Esta vez, la entrevista fue en Valparaíso, en la misma sala donde sesiona la comisión que dirige. Al hablar de distintos casos de violaciones a los derechos hu-

manos, en varias ocasiones los ojos se le humedecieron intensamente; esas situaciones las conoce muy bien. Durante todos estos últimos años ha estado dedicado en mente y alma, a denunciarlas, y a promover la defensa de los derechos fundamentales de las personas.

Pero, Andrés Aylwin es tam-

bién un hombre alegre y que sabe reír plenamente. Buen conversador, tiene tantas historias como el otro quijote —el de Cervantes— y se forman grupos en torno a él cuando las cuenta. Como por ejemplo, al recordar su servicio militar en la Escuela de Infantería de San Bernardo, donde no era capaz de cargar el

pesado equipo de campaña y muchas veces caía al suelo, mientras el oficial a mando le gritaba: “Adelante con paso parada”.

SENTIMENTAL

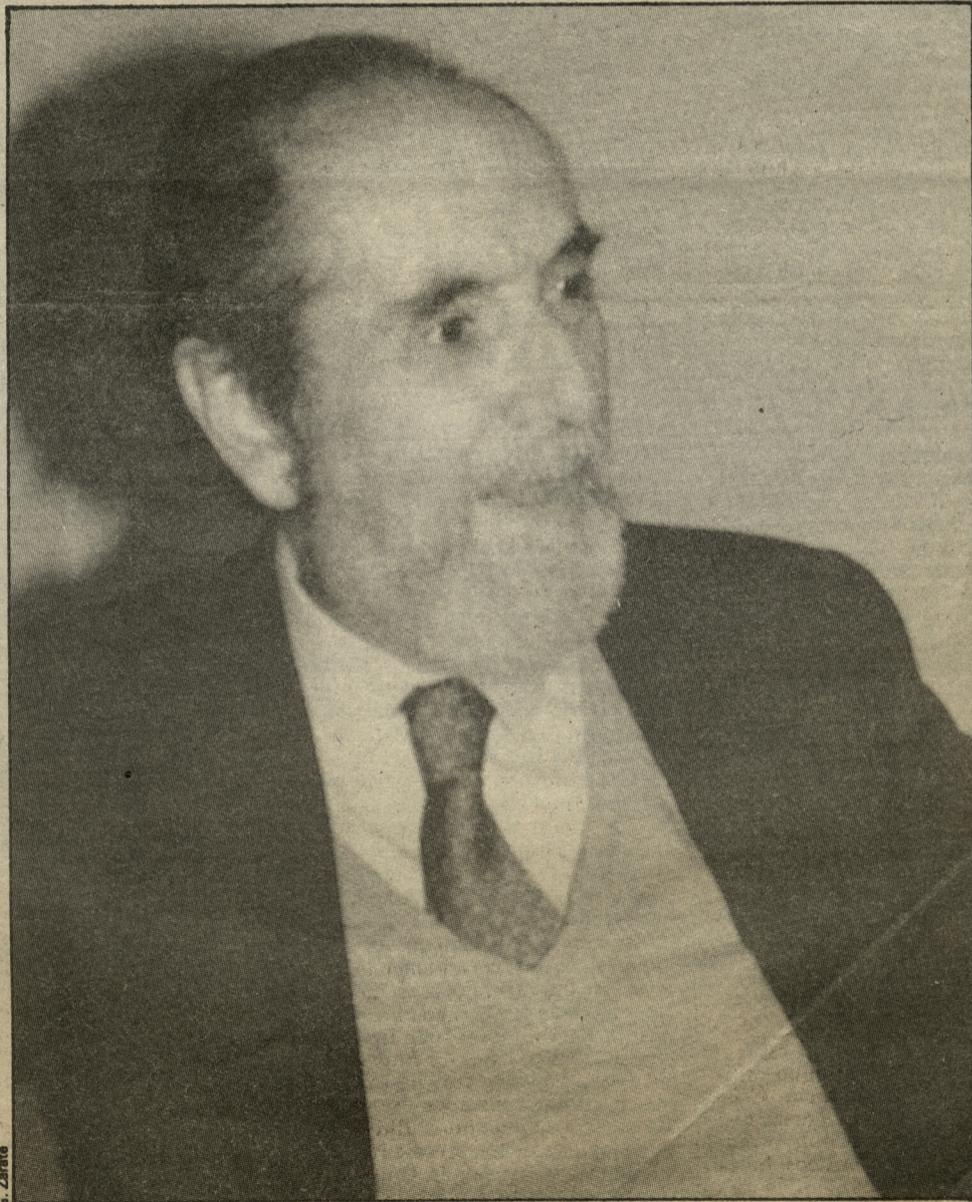
—Quiero hablar con usted de lo humano y lo divino. Muchos dicen que tiene más de lo segun-

do. ¿Qué siente cuando escucha esto?

—Mira, yo soy muy sentimental. Y, tal vez, lo que más me impresiona es el cariño de la gente. Tengo la sensación que la vida es muy generosa, y cuando uno siembra una semilla, siempre cosecha cien. Esa es una realidad, mayor en el mundo de los que necesitan solidaridad. Por eso impresiona que, a veces, uno hizo algo insignificante y le responden con gestos tan grandes de afecto, que es imposible no conmoverse. Parece que tengo con ellos ese don maravilloso de la comunicación. Por eso, la primera vez que fui parlamentario estuve muy ligado a los problemas de los campesinos. Y después al drama de los detenidos desaparecidos. Ahora, al problema de los presos políticos. Son sectores muy sufridos de nuestra sociedad. Tengo la impresión que muchos quieren cerrar los ojos frente a esa realidad. A mí me pasa justamente lo contrario. Vibro con los problemas de la gente más postergada.

—No sólo por físico, para algunos usted es casi un quijote, al luchar por causas que a veces se consideran perdidas. Tanto por lo que ha hecho antes y por lo de ahora, ¿no siente que su vida ha sido luchar contra molinos de viento?

—Sí, pienso efectivamente eso. Pero siempre siento que consigo algo. En el proceso por los detenidos desaparecidos no conseguimos nada concreto. Sin embargo, en 1977, cuando, junto a otros dos colegas, comenzamos ese caso, logramos al menos que las detenciones y desaparecimientos masivos comenzaran a disminuir. Era una lucha muy difícil que me dejó las satisfacciones espirituales más profundas. Y hoy veo que hay mucha juventud que siente atracción enormemente por las causas nobles, aunque sean causas imposibles. Por eso, en medio de ese drama —sobre todo en el tiempo de la dictadura— cuando muchos pensaban que no había otra solución que recurrir a la violencia y vetan nuestra lucha, en el fondo ellos sentían que había otra vía. Que, no obstante todas las circunstan-



por Jaime Valdés C.

cias, había personas que no abandonaban los grandes valores espirituales y morales para que éstos sigan vigentes en la sociedad.

—El que en lo personal haya sufrido los rigores de la dictadura, ¿lo llevó a identificarse con sus compatriotas que sufrieron iguales o peores situaciones?

—Indudablemente que sucede así cuando uno tiene esas experiencias que son traumáticas porque lo ponen en una especie de sufrimiento injustificado, y que uno no les encuentra sentido ni explicación. Eso lo lleva a identificarse con tantas personas que han sufrido mucho más. En los primeros días de mi relegación pensé en muchos. En mi amigo José Tohá y su muerte absurda y injusta. Pero también me sentía ligado con los seres sufrientes de las tiranías de cualquier parte del mundo. Creo que hay una gran hermandad de las personas que sufren de las tiranías. Yo lo he sentido de modo muy positivo. Me parecía que estaba acompañado de muchas personas y al mismo tiempo, sentía más claramente mi obligación, de comprometerme en la lucha por los derechos humanos. Y hay que recordar, que no obstante el rigor a que fui sometido, mi situación era la de un privilegiado con respecto a tantos que han tratado tan mal.

JUNTO AL TORTURADO

—Usted es un hombre creyente, ¿en esos momentos de mayor sufrimiento injustificado, dudó de Dios?

—No. Muy por el contrario. Es cierto que soy una persona creyente y practicante, pero estoy muy lejos de ser místico o excesivamente religioso. Y durante la relegación me sentía, más que nunca, cercano a Dios. Lo sentía muy presente en mi vida. Y creo que esa debe ser la experiencia de las personas que llegan a una situación límite de sufrimiento. Dios, seguramente lo sienten como algo humano y no abstracto. Es quien, en ese momento, acompaña y da fuerzas.

—¿Y cómo se explica que existan injusticias tan grandes que le llevan a usted a hablar de la humanidad sufriente de las tiranías? ¿Qué hace usted para entender esto tan inexplicable?

—A mí me pasa que, siempre en este proceso de torturador y torturado, pongo mi vista y mi alma en el torturado y no en el torturador. Cuando hay un asesinato, pienso en el muerto más que en el asesino. No sé si es un sistema de autodefensa. Cuando hay situaciones de abuso que llegan a un límite siempre me pongo al lado del que está sufriendo y no junto al que está actuando mal. Y al ser sufriente lo siento tan cerca de Dios que eso me acerca a El. Al torturador y al asesino los veo como enfermos, como alienados. No me pongo el problema como de una responsabilidad de Dios en la acción de estas personas.

VOTO PERSONAL

—Cambiando un poco de tema, ¿le provoca mucha responsabilidad ser hermano del Presidente Patricio Aylwin?

—Sí. La mayor responsabilidad que creo que tengo es hacer llegar a mi hermano las vivencias y los dolores de los sectores marginados de la población, que normalmente no tienen posibilidad de ser escuchados directamente por un Presidente de la República. Por eso acepté ser candidato a

diputado. Pensé que, en alguna medida, yo podía ayudar a Patricio llevándole el planteamiento de los sectores más postergados y cuya voz no siempre va a ser adecuadamente escuchada en los ámbitos donde se toman las decisiones. Es justamente de eso sobre lo que conversamos con Patricio, cuando lo veo. Hay quienes tienen canales a través de las organizaciones sociales. En cambio hay todo un mundo de los marginales que muy rara vez pueden tener expresión política. De ahí que mi satisfacción espiritual es representar en algo a esas personas.

—¿Es eso lo que lo lleva a usted a caminar en medio de la gente anónima, o hay un voto personal de ser como ellos?

—Sí. En parte ya expresaste la idea (sonríe). Siempre he preferido, desde joven, estar entre la muchedumbre a estar en estrados. Entre la gente aprendo mucho. Me gusta salir a andar solo por las calles o entrar a un restaurante, porque siempre hay alguien que le conversa a uno, y el corazón, la personalidad se abre hacia el mundo. Pero no quiero racionalizarlo. Te puedo decir que hago esas cosas porque me encanta: estar con la multitud, mezclarme con ella; en los desfiles, ser desfilante; en las ciudades, mezclarme con la gente. Ahora tengo el problema que la gente me reconoce y ya no estoy siendo el ser anónimo, lo que, en alguna medida, me impide comunicación espontánea. Pero, por otro lado, tengo la satisfacción que la gente valoriza eso de que uno, siendo hermano del Presidente de la República, está en el mismo lugar de ellos.

—Sin embargo, la gente común piensa que los parlamentarios ganan mucho dinero, y en este país algunas familias de Presidentes se han enriquecido. Usted que reúne esa doble condición. Me podría decir ¿cuánto gana y cuántos automóviles tiene?

—Yo y mi familia —constituída por mi esposa y mis cuatro hijos— tenemos un sólo auto y lo que recibo de dieta es lo que estrictamente necesito para vivir.

—¿Y su familia no le reclama lujos?

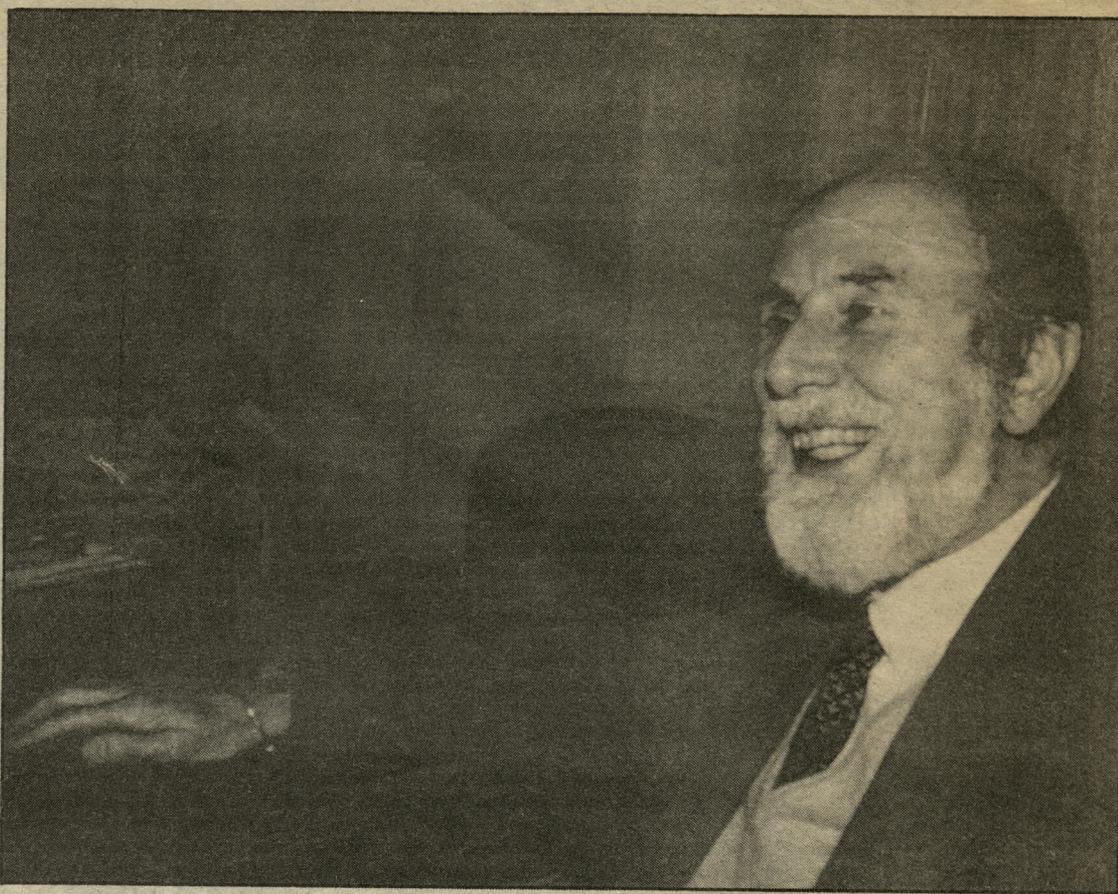
—Una de las satisfacciones familiares es que yo siempre he tenido el apoyo moral de mi mujer y de mis hijos. Aun en los peores momentos de la represión estuvieron junto a mí y aprendieron, junto a mí a defenderse a lo menos en lo referido a las amenazas que constantemente nos llegaban. O cuando nuestra casa era vigilada por rufianes. Pero nunca nos cogió la sicosis.

FE EN EL HOMBRE

—Aunque es un antiguo militante de la Democracia Cristiana, muchos de tendencias distintas se identifican con usted, desde los presos políticos hasta personas que militan en la derecha. ¿Hay algo que está más allá en su posición como político que la de su partido? ¿Qué valor es el que lo hace actuar en lo político?

—Tengo la impresión que estás pintando un Andrés Aylwin que va mucho más de lo que realmente soy. Me creo tan limitado como cientos de personas. Lo que tengo, tal vez, es que soy extraordinariamente sensible y me impresionan mucho los grandes dramas humanos. Y como yo los siento sinceramente, a lo mejor la gente, por eso lo valoriza. Quizás. Yo no te sabría responder. Sólo te reitero, siento que la

(Pasa a la Pág. 10)



“Los presos políticos son una especie de rehenes”

En broma, Andrés Aylwin, simpáticamente, dice que la comisión que él preside es la más inútil, porque trabaja mucho (ha debido sesionar en forma continuada, incluso los fines de semana), pero produce poco.

Por ella han pasado anteproyectos legislativos considerados de extrema delicadeza y complejidad política, como la modificación a la Ley Antiterrorista que puede implicar tanto la libertad de los presos políticos, como que algunos de ellos —a los que se les califica de violentistas— se mantengan en prisión.

¿Qué está pasando, efectivamente, dentro de la comisión?

—Nosotros sacamos adelante un proyecto muy importante que es la supresión de la pena de muerte. Es un hecho positivo. Sacamos, también, la Ley de Indulto.

Pero se han empantanado en la discusión sobre las modificaciones a la Ley Antiterrorista.

—La verdad es que la tramitación se ha dificultado mucho porque la intención primera de los mensajes presidenciales era adaptar la legislación en materia de derechos humanos a la legislación internacional. Esto hace que se puedan presentar todo tipo de indicaciones donde se tocan aspectos muy distantes al problema contingente de los presos políticos. Por eso he luchado porque no se presenten indicaciones que se relacionen muy directamente con las situaciones de los presos. He solicitado también a los integrantes de la Concertación que sea despachado más o menos en los mismos términos que lo presentó el Ejecutivo.

Parece que no ha tenido mucha acogida

—Lo que pasa es que cada diputado tiene su propia personalidad y quieren influir en algunos aspectos. No les puedo estar coartando su derecho. Pero a veces siento la desesperación de que nos estemos demorando más de lo necesario, dado el hecho real de que hay más de 400 personas que están presas y cuyo destino está pendiente de este proyecto.

¿Y qué piensa hacer usted?

—Hay una opción que tomar: o la ley es perfecta y nos demoramos mucho, o la ley es menos perfecta, pero solucionamos el problema concreto de gente que merece que nos preocupemos de ellos. En el fondo lo que está planteado, es si el hombre debe estar al servicio de la ley, o lo contrario.

¿Y cuál es su opción?

—Yo soy de los que cree que la ley debe estar al servicio del hombre.

Sin embargo, da la sensación que algunos sectores —particularmente RN y la UDI— están interesados en dilatar el problema. Sostienen que el gobierno quiere resolver un problema político contingente con una ley que debería ser permanente y no para una situación transitoria, ¿qué piensa usted?

—Sin duda que puede haber personas de buena voluntad. Pero hay un sector de la derecha chilena que está practicando una especie de terrorismo moral con respecto a los presos políticos. Desean que estos presos permanezcan en la cárcel, mientras el gobierno no esté dispuesto a hacer un perdono general en materia de derechos humanos.

Podría precisarlo más

—Para ese sector, en el fondo, los presos políticos aparecen como los rehenes, mientras que los que tienen que pagar con prisión aún ni siquiera son juzgados. Algunos dicen que la libertad de los presos políticos —o de los presos terroristas, como los llaman— es una inmoralidad, y sugieren un posible acuerdo si a cambio se logra el perdono que a ellos les interesa, por el otro lado.

¿Una especie de chantaje?

—... Preguntemos, entonces, respecto a los presos políticos. Ellos creen que usted está sólo abogando por su libertad, y que muchos de ellos, deberán continuar en la cárcel. ¿Qué les diría usted? ¿Cuál es su posición?

—A través de estas leyes, yo tengo la impresión que podríamos solucionar casi todos los problemas de los presos políticos. Y como podrían quedar alrededor de veinte excluidos del beneficio de la libertad, es que repugnándome mucho, he presentado una indicación, según la cual, a petición del reo, pueda cambiarse la pena de presidio por la de extrañamiento.

Pero, ellos rechazan eso.

—Por eso digo, “repugnándome”. No me gusta como solución, pero quiero que frente a situaciones extremas donde la ley no pueda dar una solución, haya por lo menos esa posibilidad para que encuentren su desarrollo personal y social. Insisto: no me gusta. Pero...

¿No es contradictorio?

—Yo por mí, y siempre lo he dicho: soy partidario de la libertad de todos los presos políticos y en Chile.